

José Bleger, pionero y figura del psicoanálisis argentino (1922-1972)

Carlos Mogueillansky

De todas las ilusiones, la más peligrosa consiste en pensar que hay una sola realidad.

Paul Watzlawick

Una verdad que no es falsable no necesariamente es cierta.

Karl Popper

Evocar la figura y la obra de un pionero provoca algún rebrote del duelo simbólico que todos tenemos por nuestros ancestros. Ellos precedieron nuestros pasos y algo de ellos está, a veces inadvertido, en nuestras certezas, en nuestros aciertos e incluso en nuestros errores. En ese esfuerzo, la acción individual es siempre insuficiente y hace falta el empeño de muchos para reconstruir la época, la intención o el descubrimiento. Los hechos se nutren de monumentos que nos dicen que eso pasó allí, de documentos que refieren la idea de alguien sobre ellos y también de prejuicios, de ideologías, de falsas promesas y, por qué no, de ignorancias. Entre ellos resalta la figura de los testigos, quienes sostienen una memoria no escrita y un lugar de transmisión, impregnado por la necesaria cadena de eslabones que va desde esas vivencias a la transferencia que estos testigos evocan en quienes buscan alguna evidencia de aquellas. Por eso, con la humildad que esa reflexión impone, doy el primer paso de un recorrido que incluirá a muchos de nosotros, para confluir en algún consenso. Al final, en ese conjunto de hechos y de crónicas reconoceremos un hábito indefinido de influencias que se transmiten a través de los análisis y de las supervisiones, como nuestro modo singular de aproximarnos a la clínica.

Es bueno recordar que, en cada caso, la luz de una persona ilumina hacia atrás y evoca a sus ancestros, representados por el efecto que tuvieron en su deseo; e ilumina hacia adelante a los testigos que recibieron su eficacia, a través de sus lecciones, de sus libros o, simplemente, al recibir su prédica de oídas. Ese entramado de relaciones está en el trasfondo de APA, de APDEBA y de todas las instituciones argentinas, de Uruguay y de Brasil, donde germinó ese legado y brindó la argamasa que las ha construido a través de los años. Hay testimonios explícitos y hay también un hilo rojo que recorre las prácticas e impone una manera singular de pensar y hacer. De eso estamos hechos.

El contexto social y cultural de la época de José Bleger

José Bleger pertenece a la segunda generación de psicoanalistas que siguió los pasos de los fundadores de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) en diciembre de 1942: Marie Langer, Enrique Pichon Rivière, Celes Cárcamo, Ángel Garma, Arnaldo Rascovsky y Enrique Ferrari Hardoy. Casi todos ellos se habían analizado y formado en Europa con los herederos directos de la enseñanza de Sigmund Freud. Desde ese inicio, la participación de los médicos y de los psicólogos tuvo hechos heroicos y algunas historias infames. Bleger tuvo una posición decisiva en ese desarrollo, a partir de su actuación como difusor del psicoanálisis en la universidad. Sus ideas kleinianas y su prédica social, que seguía los lineamientos de Georges Politzer y de Enrique Pichon Rivière, tuvieron un gran arraigo en las primeras camadas de psicólogos. Su decisión era el reflejo de las tendencias recientes en Francia de introducir el psicoanálisis en la universidad, inauguradas por Daniel Lagache en 1947. Esa decisión venía de la mano de su defensa de una versión concreta del ser humano, propiciada por la confluencia de su visión del psicoanálisis con una perspectiva social y con la antropología y la fenomenología. Politzer y Lagache ofrecían una visión marxista de la psicología y de la práctica social, en un momento de creciente interés por los puntos de contacto entre el marxismo y el psicoanálisis y por la naciente polémica entre las

Comentado [cm1]:

ideas de estructura e historia y del sujeto de la ideología, sostenidas por Louis Althusser y del sujeto de lo inconsciente de Jaques Lacan. La llegada de ese debate a Buenos Aires, de la mano de Oscar Masotta, concluyó en otra polémica, ya en nuestras tierras, entre él y Emilio Rodrigué, un prestigioso psicoanalista de la APA, en 1971 (Scholten, H. 2012¹). Bleger fue el introductor de las ideas de Politzer al español, había prologado sus textos y publicado *Psicoanálisis y dialéctica materialista*. Las polémicas entre las posiciones del Partido Comunista y las de los marxistas no enrolados en el mismo cruzaban el horizonte cultural de Europa y de Argentina, en especial a partir de las contribuciones de Althusser, de Gramsci y de la Escuela de Frankfurt. Su crítica de la posición del Partido Comunista argentino le costó su expulsión del mismo.

Los veinticinco años que van desde 1947 y 1972 fueron escenario de grandes cambios en la psicología, la salud mental y el psicoanálisis. El giro humanista de esa época en la Argentina, encarnado por Florencio Escardó, Enrique Pichon Riviere y Mauricio Goldemberg trajo una visión humana pionera, que revolucionó la perspectiva de la práctica médica y de la psicología. En esa época surgen los primeros psicofármacos – neurolépticos y antidepresivos - que dieron otras herramientas y nuevos abordajes de la psicosis, con la puesta en crisis del sistema manicomial. Los niños eran seres humanos que merecían ser tratados junto a sus madres y los psicóticos eran enfermos que podían ser tratados en un hospital general. Tanto el hospital de niños como el hospicio dejaron de ser reservorios de cuerpos para transformarse en curadores del malestar humano, sufrido por seres semejantes a los médicos tratantes. Pero no todo fueron rosas, hubo también espinas. En el golpe militar de 1966, Bleger renunció a su cátedra y ya no volvió, junto a muchos colegas de APA. Con esas renuncias, las instituciones psicoanalíticas de IPA dejaron de participar en la universidad y en los hospitales y gradualmente, otras ideas y otros pensamientos ocuparon ese lugar.

En estos algo más de sesenta años las cosas cambiaron mucho. Cuando se creó la Facultad de Psicología, se pensaba que los psicólogos eran técnicos capacitados para realizar evaluaciones psicométricas y diagnósticas. No se les reconocía la idoneidad para ejercer otro tipo de tareas. Y siguió siendo así aún en los primeros tiempos de la Facultad, bajo la conducción de Marcos Victoria, un neurólogo de la vieja escuela. Tampoco podían ingresar en APA, pues la institución analítica se oponía al ingreso de no médicos. En los hechos, se pensaba la psicoterapia como una práctica psiquiátrica que debía ser ejercida por los médicos. La psicoterapia psicoanalítica era considerada una idea profana que atentaba contra la seriedad profesional médica. Ese giro del paradigma psicoterapéutico aún muestra sus remezones, en la polémica entre lo hermenéutico y la empiria de la medicina centrada en la evidencia, que actualmente puebla los debates sobre el diagnóstico y las terapéuticas, según se los valore desde las perspectivas de la neurología, de la psiquiatría o del psicoanálisis.

Ubiquemos el contexto histórico. El 14 de marzo de 1957, el Consejo Superior de la UBA aprobó la creación de la segunda carrera de psicología del país. La primera fue creada dos años antes, en Rosario, durante el gobierno peronista. El nacimiento de esa primera carrera estuvo ligada al auge de la psicología en los años cuarenta. Pero la carrera de Psicología de la UBA fue efecto de la renovación cultural producida en el golpe cívico militar del 55, que implicó la transformación de las universidades nacionales. Con la revolución libertadora, la UBA renovó su plan de estudio, echó a docentes de la última época, incorporó docentes antiperonistas y acogió una generación

¹ Scholten, H. (2012): Sobre la polémica inconclusa entre Oscar Masotta y Emilio Rodrigué. *IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2012.* <https://www.aacademica.org/000-072/162>

de intelectuales socialistas y radicales que, durante el gobierno peronista, vivieron exiliados en el seno de revistas y otras iniciativas culturales alejadas de la UBA. Bleger fue una excepción. Ingresó en la UBA en 1952, cuando fue nombrado por concurso Jefe de Trabajos Prácticos de la Cátedra de Psicología y Epistemología Genética. Y fue echado de su cargo por razones políticas en septiembre de 1955 tras la purga que ejerció José Luis Romero como interventor de la UBA, por decisión de la dictadura. Bleger recuperó su trabajo en 1958, cuando la UBA se normalizó con el retorno a la democracia. Luego concursó en 1959 como titular de cátedra y comenzó a impartir en la carrera de Psicología de la UBA el primer programa de Psicoanálisis dictado en las universidades argentinas. Las clases de Bleger cautivaron desde el comienzo a un estudiantado ávido de una nueva psicología y de un compromiso social y político. El partido comunista expulsó a Bleger cuando publicó *Psicoanálisis y dialéctica materialista* (1958²), pero sus ideas sobre la psicología concreta, inspiradas en G. Politzer, encontraron un gran eco en sus estudiantes. La Facultad de Psicología tenía en ese tiempo gran pluralidad, el psicoanálisis, la reflexología y la psicología comprensiva tenían sus campos de aplicación y de enseñanza, junto a las disciplinas cercanas a la psicometría y el psicodiagnóstico. A su vez, el pensamiento político de la época encontró en la universidad y en la sociedad en general un campo muy fértil, que desembocó en cambios tanto en las estructuras políticas de la sociedad como en la institución psicoanalítica.

En ese entonces, tres figuras tuvieron una gran importancia política y cultural: Gino Germani, Enrique Butelman y Jaime Bernstein. Los tres fueron compañeros en la Facultad de Filosofía y Letras. Ninguno era médico, psicólogo o sociólogo, pero supieron captar el espíritu intelectual de la época, tan profano como novedoso. Butelman fue director de la Carrera de Psicología en UBA en 1958 y Bernstein fue director del Instituto de Psicología de la Universidad Nacional del Litoral. Ambos crearon la editorial Paidós, de gran desarrollo en esa época. Germani dirigió y participó en la creación de la carrera de Sociología y realizó el prólogo de *El miedo a la libertad* de Erich From, que fue un gran éxito editorial. Él fue el impulsor de las ideas del funcionalismo y luego creó el Instituto Germani, dentro de la Fundación Di Tella. Y junto a sus amigos dirigió una de las colecciones, "Biblioteca de Psicología Social y Sociología". Ellos fueron el paralelo privado de la editorial EUDEBA de la UBA, cuyo director fue Boris Spivacov. Ambas editoriales lideraron las publicaciones de esos años y dieron forma al pensamiento humanista de esa época. El marxismo convivía con el funcionalismo en Sociología, con el psicoanálisis en Psicología y con las corrientes comprensivas de la filosofía alemana. Ese universo de pluralismo cambiaría en los 60 con la guerra fría, la guerra de Vietnam, el movimiento hippie y los movimientos populares del mayo francés y del Cordobazo en Argentina, que radicalizaron las posiciones tanto de la derecha como de la izquierda en el mundo y en la región.

En este contexto, Bleger tuvo una decisiva importancia en la formación de los psicólogos y en su inclusión en un nicho laboral y de pensamiento que había estado proscrito para los no médicos, tanto en APA como en la época de Victoria en la Facultad de Psicología. Con el tiempo, el psicólogo fue un psicoanalista y el lenguaje popular los homologó como sinónimos.

José Bleger teórico

De las muchas ideas que se pueden destacar del proyecto teórico de Bleger, debemos reseñar su interés por hacer confluir sus ideas psicoanalíticas, de raigambre kleiniana y mahleriana, con sus ideas políticas marxistas, que lo alineaban en el pensamiento social de Georges Politzer, cuya obra tradujo y prologó. La indudable influencia de Enrique Pichon Rivière dejó en él la impronta social y el interés por el estudio de las instituciones. Su espíritu crítico lo llevó a romper tanto

² Bleger, J. (1958): *Psicoanálisis y dialéctica materialista*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

con el Partido Comunista como a poner en entredicho su afiliación a APA y su participación en la universidad. Al mismo tiempo, le permitió desarrollar una teoría de las instituciones y un serio estudio del encuadre psicoanalítico, al que vio como una institución que reflejaba la actitud más disociada y desmentida de la vida psíquica, en la obviedad de la clínica diaria.

Su trabajo sobre el encuadre es un clásico que ha sido estudiado en la gran cultura psicoanalítica de Argentina, de América latina y de Europa y actualmente despierta mucho interés en USA. De esos hechos es testimonio el libro *Psychoanalysis of the Psychoanalytic Frame Revisited* (2022³), recientemente editado por IPA sobre ese tema, especialmente en su repercusión actual con los cambios clínicos producidos por la pandemia. Como es habitual con la obra de Bleger, ese tema no está ni estuvo exento de polémica. Y el libro es ejemplo del fecundo y encendido debate que han realizado autores de las tres regiones del psicoanálisis actual. Se lo ha visto como *frame* - un marco, como *setting* - un conjunto de disposiciones y reglas técnicas, como *reference context* - un contexto de referencia, como *scope* - un horizonte de potencias y posibilidades, como *stage* - un escenario de realización, o bien como *retreat* - un refugio psíquico o un lugar de resistencia al cambio, cercano a la idea de depositario. La suma de vértices habla de la riqueza de su legado y de la aun reciente necesidad de polemizar sobre el énfasis clínico y teórico de cada una de esas perspectivas. En su contexto histórico inicial, el tema despertó el interés de muchos analistas: David Liberman (196⁴), Emilio Rodriugué (1966⁵) y Joel Zac (1971⁶). Posteriormente, otros se refirieron a él: Jorge L. Maldonado (1992⁷), Ricardo Bernardi (2006⁸), Marcelo Viñar (1999⁹) y Rogelio Rimoldi (1995¹⁰). Desde luego, el debate se sostiene respecto del lugar que el encuadre tiene en cada posición clínica, en el amplio abanico de posiciones que van desde un encuadre institucional poco flexible que no debe ser trasgredido hasta un marco personal que se adecua al perfil de trabajo de cada analista.

El texto del encuadre se publicó por separado en el Segundo Congreso Argentino de Psicoanálisis en 1966 y en el *Int. Journal of Psycho Analysis* en 1967, tras varias publicaciones previas (1956,

³ Bleger, J. (2022): *Psychoanalysis of the Psychoanalytic Frame Revisited. A new look at Jose Bleger's classic work*. Edited by Carlos Moguillansky and Howard Levine. The International Psychoanalytical Association Psychoanalytic Classics Revisited. London, Routledge.

⁴ Liberman, D. et. al (1961): El contrato analítico. Revista de Psicoanálisis APA. Número especial.

⁵ Rodriugué E. et al. (1966): *El contexto del process analítico*. Buenos Aires, Paidós.

⁶ Zac, J. (1971): Un enfoque metodológico del establecimiento del encuadre. *Revista de Psicoanálisis APA*. XXVIII, 3.

⁷ Maldonado, J. L. (1992): Sobre la ambigüedad, la confusión y el ideal del Yo. *Revista de Psicoanálisis*, Vol 48.

⁸ Bernardi, R. (2006): Vigencia de José Bleger. *Libro anual de Psicoanálisis*, 2013.

⁹ Viñar, M. (1999): Panel Simposio APA; *Revista de Psicoanálisis*, 1999.

¹⁰ Rimoldi, R. (1995): El encuadre psicoanalítico: aspectos clínicos y metapsicológicos. APDEBA.

1961, 1962 y 1963)¹¹. Y también formó parte del libro *Simbiosis y ambigüedad*, traducido al inglés recientemente por Leopoldo Bleger y John Churcher¹².

José Bleger presentó en ese texto un caso clínico, en el que surge un cambio de las condiciones de trabajo - en ese caso, una dificultad para continuar pagando los honorarios del analista. La aparición de ese problema puso de manifiesto una serie de presupuestos mudos hasta ese momento, que explosivamente se hicieron presentes, como una situación depositada en el encuadre de trabajo. El énfasis de la descripción de Bleger está allí, en la condición muda y sin cambios de los presupuestos que cada participante mantiene en reserva, como un no proceso, que contrasta con los cambios dentro de la situación analítica, a los que llamará proceso. Ese presupuesto depositado en el encuadre tiene una condición suficientemente loca e irrealista como para que Bleger la llamara el aspecto psicótico de la personalidad. Y de allí abstraiera una idea genérica, que la institución – el encuadre es una institución - alberga los aspectos psicóticos de sus miembros. La idea de la referencia muda llamó la atención sobre la participación activa de los dos miembros de la situación analítica. David Liberman (1962) había distinguido los roles del observador y del participante, que cumplen funciones en el trabajo analítico y en la función grupal, tal como lo había anticipado Enrique Pichon Riviere. Esas funciones están implícitas en la situación analítica, pues el analista tiene un encuadre y el paciente otro. Bleger destaca: “*en realidad hay dos encuadres: uno, el que propone y mantiene el psicoanalista, aceptado conscientemente por el paciente, y otro... el que en él proyecta el paciente*” (1966:242). Esas dos ideas, muy relacionadas con el pensamiento de Wilfred Bion sobre reversión de la perspectiva, explican la frecuente aparición de los malentendidos y la presunción del malentendido como una realidad usual del diálogo, sea éste analítico o no, debido a la dispersión de referencias entre los interlocutores. En la actualidad, el problema se complejizó, al advertirse que el analista también suele tener un encuadre explícito que reconoce conscientemente y uno implícito, que realiza sin advertirlo.

Simbiosis y ambigüedad (1966¹³) es la contribución teórica más importante de Bleger. En ella, desarrolla las ideas de simbiosis, extraídas de las ideas de Margaret Mahler sobre el desarrollo temprano, a las que él pensó bajo la forma de un núcleo aglutinado, indiferenciado y confuso, en el que confluyen lo informe, lo indiferenciado, lo aun no ligado a las diferencias del lenguaje y los resultados de la fusión y de la confusión como dos defensas diferentes y paralelas.

La tesis de Bleger postula una indiferenciación primitiva, previa a la posición esquizo-paranoide descrita por Melanie Klein. En ese período coexisten relaciones narcisistas en un núcleo con escasa diferenciación, que él llamó núcleo aglutinado o glichrocárico, para enfatizar su carácter sincrético. Esas relaciones fueron descritas por Bleger como autismo y simbiosis. La simbiosis

¹¹ Véase las siguientes referencias: Bleger, J. y Pichon-Rivière, E. (1956): "Sobre los instintos. Dramática y dinámica en psicología de los instintos". *Revista de Psicoanálisis*, 1956, XIII, 4; Bleger, J. (1961): "Encuadre dinámico. Notas para una semántica psicoanalítica". *Revista de Psicoanálisis*, 1961, XVIII, 4; Bleger, J. (1962); "Encuadre histórico. Notas para una semántica psicoanalítica". *Revista de Psicoanálisis* 1962, XIX, 4; Bleger, J. (1963) "Encuadre evolutivo. Notas para una semántica psicoanalítica". *Revista de Psicoanálisis*, 1963, XX, 1; Bleger, J. (1963) "Encuadre prospectivo. Notas para una semántica psicoanalítica". *Revista de Psicoanálisis*, 1963, XX, 2; Bleger, J. (1963) "Encuadre dramático. Notas para una semántica psicoanalítica". *Revista de Psicoanálisis*, 1963, XX, 3; Bleger, J. (1966) "Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico". 2do. Congreso Argentino de Psicoanálisis. Bs.As., 1966. Cap. VI de *Simbiosis y Ambigüedad. Estudio psicoanalítico*. Bs.As., Paidós, 1967

¹² Bleger, J. (2013): *Symbiosis and ambiguity*. Trad. by Leopoldo Bleger and John Churcher. London. New Library of Psycho Analysis.

¹³ Bleger, J. (1966): *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires, Paidós. 1998.

es el resultado de la proyección y depositación de un contenido o de una función mental en un tercero, el que, a partir de entonces, se torna un depositario de esos elementos. En el autismo el movimiento se lleva a cabo hacia el sí mismo o hacia el propio cuerpo del paciente. Ambas manifestaciones suelen persistir en el adulto como la expresión psicótica de la eficacia de ese núcleo ambiguo y sincrético. Estas expresiones del núcleo aglutinado tienden a inmovilizar el proceso analítico, y se anclan de un modo subrepticio en el encuadre. Su eficacia se advierte cuando esas actitudes desestiman situaciones de persecución y, de ese modo, el encuadre se convierte en el refugio silencioso de esas expectativas persecutorias. Y, desde luego, se hace aún más explícito cuando alguna constante del encuadre se rompe o se cambia.

La simbiosis suele ser definida una situación normal del desarrollo infantil. Bleger consideró que la desimbiotización usual acontecía en la adolescencia, como un evento discriminador del joven individuo respecto de su familia (1971¹⁴). Algo similar pensó R. Avenburg (1973¹⁵) sobre el tema. Ambos textos están en la misma línea del pensamiento post-mahleriano – P. Blos (1965¹⁶) - que vio la adolescencia como un proceso de individuación. Sin embargo, la simbiosis puede continuar en ciertas familias enfermas y dar lugar a sobrados excesos patológicos, como una defensa ante la emergencia de ansiedades persecutorias, depresivas o confusionales frente a la crisis familiar.

La simbiosis le permite a Bleger explicar las ligazones emocionales inmediatas, así llamadas a primera vista, que ocurren de un modo explosivo bajo el formato de una adhesión inmediata. Curiosamente, apela a la misma idea de adhesión que la que Helen Deutsch usó para describir la personalidad como sí. Según esa descripción, la adhesión es un modo pegajoso e inmediato de relacionarse con el semejante, de una manera superficial y automática, como un fluido se adapta al continente que lo contiene – como el agua con un vaso. La relación adhesiva – que Bleger llamó simbiótica - no mantiene una adecuada diferenciación subjetiva entre el sujeto y el semejante. Como un resultado inevitable, la adhesión conduce a establecer relaciones confusas, indiscriminadas y/o fusionales, en las que cada uno se complementa en sus funciones psíquicas con el otro. Las relaciones de complementación y de suplencia de las funciones psíquicas recuerda las ideas de la función depositario, descrita por su maestro Enrique Pichon Rivière, en la que el personaje depositario acepta la depositación de un aspecto o de una función vacante del sujeto. La adhesión no implica necesariamente la adicción, aunque en su grado extremo, cuando la ansiedad confusional se incrementa mucho y amenaza el pánico, suelen confundirse ambos cuadros.

La indiscriminación psíquica que surge de esa fusión o de esa confusión instala una legalidad que resulta diferente de las reglas de convivencia discriminadas. Dicha ley local es necesariamente una regla privada, que se distancia de la ley pública y da lugar a una estrategia del Superyó muy alejada del consenso público. Estas reglas privadas se preservan cuidadosamente en los pactos secretos de la familia y forman parte de la clínica promiscua, singular o sencillamente loca, que se ha definido clásicamente como perversión o como psicosis. Por ello, es necesario un ejercicio de lectura crítica de su obra para comprender que Bleger usó las herramientas de su tiempo al definir una clínica que luego fue descripta como locura privada (Green, A. 2003¹⁷), como vínculos

¹⁴ Bleger, J. (1971). La identidad del adolescente. Fundamentos y tipicidad. Relato oficial en el II Congreso Argentino de ASSAPIA. *La identidad en el adolescente*. Buenos Aires. ASSAPIA, 1973.

¹⁵ Avenburg, R. La identidad en el adolescente: definición. *La identidad del adolescente*. Buenos Aires. ASSAPIA, 1973.

¹⁶ Blos, P. (1965) : *On Adolescence. A Psychoanalytic Interpretation*. New York, The Free Press.

¹⁷ Green, A. (2003) : *La folie privée*. Paris, Folio Essais, Gallimard.

cismáticos o sesgados en familias desestructuradas (Lidz, Th.1971¹⁸) o como las vicisitudes de la identificación adhesiva descritas por Esther Bick y Donald Meltzer.

La ambigüedad

La ambigüedad es quizás uno de los conceptos menos comprendidos y más fecundos de la clínica de Bleger. Él partió de la observación clínica de las expresiones ambiguas del paciente, cuando éste no advierte las incongruencias de su discurso, a pesar de las visibles contradicciones en las que incurre. En el discurso ambiguo no aparece la eficacia de la función sintética preconsciente, que advierte sobre las posibles contradicciones que surgen desde el pensamiento inconsciente. Al fracasar dicha función, el sujeto del discurso se refugia en una referencia ampliada – un grupo, una institución o algún nosotros que le dé un sostén o un sentido a su posición de sujeto. Él debe esgrimir esa defensa pues carece de las referencias personales para sostener un rumbo definido de su decir o de su opinión. Vacila y oscila entre las múltiples referencias que le ofrece el mundo circundante y es un seguidor de otras opiniones. Se diría que el ambiente complementa o le da un sostén protésico a la falla simbólica del paciente ambiguo.

La ambigüedad ilustra la falencia de un sujeto consistente. En su lugar, aparecen los amarres de su discurso y de su subjetividad a las referencias que le ofrece el mundo: las instituciones que lo sostienen, la opinión que escuchó hace un momento, etc. Esos amarres no son necesariamente congruentes entre sí, y por ello, se organizan como un *patchwork* de retazos diferentes, sin que el sujeto advierta su flagrante contradicción. Ello confluye en un discurso ambiguo, que puede tener dos o más sentidos distintos que eventualmente son contradictorios. En la medida en que no hay una evidente contradicción interior, la conducta ambigua resulta bizarra para un ajeno que la observa. Desde afuera, resultan confusas las distintas posibles interpretaciones de los fragmentos de la conducta y ésta se torna, en su conjunto, inoportuna, impertinente o loca. En su seno los opuestos usuales: masculino- femenino, adulto-niño, interno-externo, se tornan una masa amorfa o indecible, dando lugar a fenómenos intermedios que se asocian a la confusión, a la promiscuidad o eventualmente a una trasgresión de las conductas públicas. La ambigüedad, en sus casos extremos, conduce a un cierto fracaso contextual o referencial de la interacción y obliga a la suplencia de una institución - familiar o pública – que asuma la función vacante.

La ambigüedad difiere de la ambivalencia y del conflicto entre tendencias opuestas, pues en ella los opuestos no establecen una crisis ni una oposición. Ellos conviven en un clima fluido y vano, en la superficialidad de las distintas vías de expresión. Se desea algo y se lo desestima o se lo odia con la misma actitud de intrascendente desapego. El Yo de la persona no tiene ni asume su condición de sujeto. El sujeto queda relegado a una posición vacante, detrás del refugio en una máscara social, aportada por los emblemas de algún nosotros que se preste a ello. Al igual que la simbiosis, la ambigüedad procede como una defensa clivada, ajena al *splitting* e idealización, descrito por la escuela kleiniana. Bleger puntualiza cuidadosamente este clivaje como un acto diferente de la escisión del *splitting*. De hecho, la ansiedad confusional que él describe como un efecto de la eficacia del núcleo aglutinado es diferente de la confusión que describieron M. Klein

¹⁸ Lidz, T.; Cornelison, A.; Fleck, S. y Carlson, D.: (1957) El medio intrafamiliar de los pacientes esquizofrénicos: Cisma marital y sesgo marital. En C. Sluzki (comp.), 1971: 57-81. Lidz, psiquiatra y psicoanalista, comenzó en 1951, un estudio intensivo de 16 jóvenes esquizofrénicos y sus familias, que se plasmó en el artículo El medio intrafamiliar de los pacientes esquizofrénicos: Cisma marital y Sesgo Marital (Lidz, T. 1971). Allí describía los hallazgos encontrados en la relación conyugal de los padres de esquizofrénicos. El cisma y el sesgo familiar explicarían, al menos en parte, el trastorno de sus hijos.

y H: Rosenfeld, como un exceso de la identificación proyectiva. Esta confusión es el resultado de la indiscriminación fusional de la simbiosis.

En ese clima, Bleger describe dos condiciones expresivas: el recurso a lo ficticio – a la fictividad - y a lo fáctico – la factividad. En el primero, la persona se propone una actitud ficticia, ajena a su subjetividad, que se amolda a los emblemas que le propone su ambiente externo. Es una identidad prestada y anómala, que resulta acorde a las exigencias o a las demandas de su aspiración actual. En el segundo, la apelación a lo fáctico lleva a la persona a una identidad maquinal u objetal, similar a la que se observa en un ser enajenado por sus obligaciones o sus sobre adaptaciones al medio. Ambas posiciones subjetivas son pseudo identidades usurpadoras que se adoptan para cubrir una brecha entre las aspiraciones y los recursos identitarios. Y atenúan la experiencia persecutoria, de intensa cualidad narcisista, que eventualmente surgiría al reconocer esa diferencia. Algunas adicciones al trabajo, a las relaciones personales o a las sustancias que afectan el humor suelen ser los recursos de estas personalidades fácticas, que encuentran en la factividad el remedio singular a su vacío experiencial. Su vínculo superficial le permite amoldarse pasivamente al deseo de los demás y ser perfectos partenaires de aquellos, sin los obstáculos represivos de una persona neurótica ordinaria. El mito griego de Proteo y de sus metamorfosis permite pensar estos cuadros como un devenir mimético, con total ausencia de resistencias subjetivas. Esta singular pasividad fue observada por Donald Meltzer, algunos años después, en su Seminario de Novara. En el seminario que le dedicó al tema la definió como un ejemplo de lo que él pensaba era la raíz de la perversión. Podríamos preguntarnos si la adicción a las personas, presente en esos casos, no puede ser la explicación de dicha obediencia pasiva ante el pánico de la soledad.

En suma, la ambigüedad es una condición de la experiencia en la que se existe, pero no se es, en tanto no surge la condición aloplástica y transformadora del deseo propio del sujeto. En ella la mimesis es todo lo que existe y falta la poiesis del deseo. Esa falta suele apoyarse en los sistemas operativos actuales que ofrecen una suplencia fáctica a la soledad emocional. La fácil instrumentación de un sistema operativo promete disminuir el efecto de la ausencia humana y se propone como un remedio, siempre a mano, para resolver el dolor que surge entonces. Estas ideas de José Bleger pueden ayudarnos a comprender este momento en el que el Ideal del Yo social, al defender los legítimos derechos de las minorías, atropella las condiciones básicas de una discriminación de los puntos cardinales, que se ofrecen como una referencia humana. No todo es lo mismo ni es opinable, y algunas diferencias requieren ser defendidas.